

diciendo que en todo el país no debía quedar edificio que fuese mejor que una casa de aldeanos.

Los sublevados cometieron el gran error de perder su tiempo é inutilizar sus mejores fuerzas sitiando el castillo de Wurzburg, porque su valiente defensor Sebastian de Rotenau rechazó con su pequeña guarnición todos los asaltos con gran energía, mientras su artillería arrojaba sobre los sitiadores proyectiles de toda clase, balas, camisas embreadas y jarrones de azufre. Los heridos de los sitiadores quedaron en los fosos, donde se arrastraron miserablemente sin ser socorridos por los sitiados hasta que perecieron. Con esto las tropas victoriosas de la liga de Suabia ganaron tiempo para realizar su union con las fuerzas armadas del Palatinado y de Tréveris, mandadas por el príncipe elector Luis. Estas tropas, despues de vencer fácilmente á las huestes sublevadas en la comarca de Bruchsal, llegaron en número de mas de 10,000 el 2 de junio cerca de Konigshofen á orillas del Tauber, donde encontraron á los sublevados de la cuenca del Neckar y del Odenwald, que procedentes de Wurzburg acudian para hacer frente al enemigo. Fué un mal principio que antes de ocurrir el choque huyera el famoso Gotz de Berlichingen; y si bien no faltaba á los campesinos buena artillería, porque los vencedores les tomaron 49 arcabuces montados sobre ruedas, volvieron las espaldas al primer ataque de la caballería enemiga, que hizo entre ellos una matanza como si persiguiese jabalíes. Solo un pequeño número se defendió largo tiempo en el próximo bosque contra la infantería mercenaria. Las demás turbas procedentes de Wurzburg estaban cerca de Sulzdorf, detrás de parapetos bien defendidos por arcabuces, y se hallaba entre ellos el ya citado Florian Geyer con su banda negra; pero bastó la primera embestida de los ballesteros montados del Palatinado para que tambien aquellos sublevados huyesen á la desbandada el 4 de junio. Tan sobrecogidos estaban de terror, que un escrito de la época dice que un solo jinete pudo matar diez ó mas aldeanos que formaban corro sin que ninguno se defendiese. Sin embargo una partida de unos doscientos hombres se defendió heroicamente en las ruinas del castillo de Ingolstadt contra los jinetes enemigos. Estos se apearon y asaltaron las ruinas, y solo al tercer asalto y despues de grandes pérdidas lograron enseñorearse de los revolucionarios desesperados. Florian Geyer con unos cuantos de los suyos se salvó abriéndose camino por entre los enemigos y murió despues en el campo de batalla como buen guerrero, en el territorio de Limburgo. Los príncipes reunidos delante de Wurzburg hicieron resonar sus trompetas, tambores y timbales, lo cual espantó tanto á los defensores de la ciudad que se rindieron á discrecion, y lo mismo hicieron los sublevados de Rotenburgo. El elector Luis á su regreso aniquiló á los sublevados, que habian cometido sus acostumbrados desmanes en el Palatinado de la izquierda del Rhin y habian obligado á una condesa de Westerburg á guisarles y servirles la comida. Luis les encontró delante de Pfeddersheim, el 23 de junio, con ánimo de hacerle frente; pero la lucha se cambió pronto, como en casi todas partes, en huida de los sublevados y en matanza que hicieron los vencedores entre ellos. Cuando despues de la entrega de la ciudad los aldeanos ya desarmados trataron de huir, en su angustia mortal, contra lo convenido, mas de cieno fueron acuchillados en un instante por la tropa.

A fines de junio estaba casi enteramente sofocada la revolucion en la Alemania central y del Mediodía; solo en la Suabia alta y en los Alpes se sostenian todavia algunas huestes de aldeanos. Aquellos ejércitos improvisados se habian portado tan flacamente en el campo de batalla como sus jefes y consejeros en el terreno de la política práctica. La caballería de los príncipes fué el terror de los campesinos; pero

tambien estos, que casi todos eran infantes y además tenian en sus filas un gran número de soldados mercenarios y fogueados, no pudieron resistir á la larga á la infantería de sus enemigos, formada casi enteramente de soldados de oficio, que si bien algunos de ellos abrigaban simpatías por la causa de los aldeanos sus hermanos, en general tenian el orgullo de clase, ó sea el orgullo militar. Por otra parte, un jefe como Truchsess sabia despertar fácilmente en ellos este orgullo hasta en el mismo momento en que desertaban, haciéndoles volver á sus banderas, y los hubo que en lugar de marcharse declararon que «pelearian no solamente contra los sublevados, sino contra los mismos demonios.» Tambien perjudicaron su causa los sublevados con su anarquía y falta de direccion. Los jefes, que comprendian la necesidad de una buena organizacion y disciplina, carecian de suficiente autoridad ó no tenian ninguna. Por eso escribieron dos jefes alsacianos al consejo municipal de Estrasburgo que su situacion era dificilísima en medio de tan gran multitud, en la cual un charlatan descarado tenia mas fortuna entre tanta gente ignorante que cuarenta hombres honrados con buenas intenciones. Perjudicaron además á la revolucion la costumbre y los odios entre las comarcas, el particularismo en fin, que impidió que se unieran diferentes huestes, como sucedió á los sublevados de Fulda, á los cuales no quisieron socorrer los de Bildhausen, sus vecinos, hasta que fué tarde.

Esta division territorial impidió por otra parte la completa sofocacion de la revolucion, la cual se sostuvo en la Suabia alta hasta el invierno de 1525 y en los Alpes hasta el verano de 1526. Aquí los sublevados de Allgau resistieron con valor al general Truchsess de Frundsberg hasta que éste hizo reducir sus aldeas á cenizas; y cuando se lo quisieron impedir los consejeros de la liga de Suabia, les mandó á decir que fuesen ellos á hacer la guerra y él entretanto descansaria sobre mullidos cojines.

Tambien se dijo que algunos jefes de campesinos habian hecho traicion á sus compañeros y se habian dejado comprar por Jorge de Frundsberg. Los sublevados de Kletgau y de Waldshut abrieron las puertas de sus lugares solo en diciembre al representante de Austria, que restableció el culto católico. Por lo demás, ni el archiduque Fernando ni los duques de Baviera habian dejado de aprovechar la revolucion para favorecer sus propios intereses; el archiduque aceptó los homenajes de la ciudad de Fussen, que le reconoció por soberano porque el suyo, el obispo de Augsburgo, no habia querido auxiliarla; y los duques de Baviera echaron sus miradas codiciosas al obispado de Eichstatt hasta que á ellos y al archiduque se les presentó otra adquisicion mejor como el arzobispado de Salzburgo. Por su parte el duque Guillermo creyó poder atraerse á los tirolese. Los austriacos se apoderaron luego de territorios del arzobispado, y el duque Guillermo de muy buena gana hubiera excitado en el Tirol, apenas pacificado, una nueva revolucion contra el austriaco. En agosto llegaron tropas auxiliares de la liga de Suabia, pero su jefe, Jorge de Frundsberg, guerrero rudo y perito, prefirió entrar en negociaciones pacíficas con los sublevados, que eran poco menos que inexpugnables en sus montañas. Entretanto una parte del ejército sublevado de Salzburgo sorprendió en Schlading á uno de sus peores enemigos á la cabeza de su ejército, al feroz Segismundo Dietrichstein, verdadero monstruo que habia derrotado á los sublevados de Estiria con sus sublevados de Bohemia y de Hungría, haciendo desollar y descuartizar vivos á los vencidos. Este monstruo debió la vida á la intercesion de soldados mercenarios que se hallaban entre los sublevados, mientras que sus soldados bohemios y húngaros pagaron con sus cabezas sus indecibles ferocidades.

Es uno de los espectáculos mas repugnantes el que pre-

sentaron aquellos nobles, príncipes y señores, al verse apenas libres del peligro mas inmediato, dedicándose á realizar sus fines egoistas aun valiéndose de la misma revolucion. Raro fué el individuo de esta clase al cual ocurriese el justo pensamiento de aliviar á los aldeanos en su tristísima situacion, no solamente como vencidos, sino como esclavos de siempre. Solo en el Tirol alcanzó la poblacion rural algunas ventajas positivas, porque el archiduque en la asamblea de los estamentos de Innsbruck accedió á una nueva organizacion del gobierno del país, en la cual quedaron suprimidos ó reducidos muchos gravámenes que pesaban sobre la clase campesina. Entre ellos se suprimió el llamado pequeño diezmo; se concedió á los campesinos dentro de ciertos límites el derecho de cazar y pescar; se introdujo la igualdad de pesas y medidas en todo el país, y se tomaron disposiciones contra la usura. El archiduque, aunque se resistió mucho, tuvo que consentir tambien en un arreglo de la clase eclesiástica, segun el cual quedaba esta clase sujeta á la justicia laica en casos que no eran puramente eclesiásticos, y las ciudades y tribunales tuvieron en adelante el derecho de proponer candidatos para las prebendas vacantes. Mas lejos no fué posible hacerle ir, porque se resistió, aun viéndose seriamente amenazado, á conceder la secularizacion de los bienes eclesiásticos y á la eleccion del párroco por sus feligreses, en lo cual mostró este jóven gobernante mas valor y fidelidad á sus convicciones que multitud de otros señores eclesiásticos y laicos. Accedió á que se predicara el Evangelio en su sentido literal, lo cual probablemente fué una concesion intencionalmente ambigua. Por lo demás, tampoco él dió señales de tener compasion de la tristísima situacion de los campesinos, porque sofocó con rigor bárbaro las últimas convulsiones de la revolucion en el Tirol meridional, donde á la verdad los aldeanos habian procedido ferozmente. En la Estiria el conde Nicolás Salm recorrió las comarcas sublevadas, sin misericordia, pasándolo todo á sangre y fuego, por manera que pocos revolucionarios escaparon con vida. Entre ellos libró la vida el ya mencionado Gaissmayr, el cual en el verano de 1526 trató de aprovechar una nueva sublevacion en el Pinzgau para mantener activa la revolucion en los Alpes; pero perseguido por las fuerzas de la liga de Suabia y derrotado en el valle del Puster se refugió en territorio veneciano, de cuyo gobierno tomó sueldo, continuando forjando proyectos contra el emperador, hasta que por último un asesino ganó el premio puesto á su cabeza. Este Gaissmayr fué indudablemente el personaje mas notable entre los revolucionarios alemanes; solo que si hubiese triunfado dificilmente habria practicado la igualdad que predicaba, porque dejó á su propio hermano y á sus partidarios en la estacada cuando los nobles volvieron á enseñorearse del país, mientras él vivia retirado en Padua como un gran señor, con el mayor fausto, ó segun se decia entonces, «como un cardenal.»

Los aldeanos del arzobispado de Salzburgo, acostumbrados á todas las intemperies y á su durísimo clima alpino, fueron los últimos que sucumbieron. La venganza de los señores fué feroz y no permite siquiera hablar de castigo; para comprenderla hay que tener presente que los revolucionarios habian asolado y reducido á cenizas setenta conventos solo en la Turingia, y cincuenta y dos conventos y doscientos noventa y dos castillos en Franconia. Pero esto no fué nada comparado con la venganza que tomaron los nobles. Muy contados fueron los vencedores que no se distinguieron por su crueldad y que castigaron con moderacion á los vencidos y aun tuvieron consideracion á sus fundadas quejas. Entre estos pocos se distinguieron los margraves Felipe y Ernesto de Baden, que perdonaron á sus súbditos el llamado pequeño diezmo y el impuesto de defuncion, y les facilitaron la

amortizacion de intereses impuestos, dándoles además el derecho de libre domicilio y hasta dentro de estrechos límites una especie de derecho de caza. El consejo municipal de Nuremberg protestó contra el envio de auxilio armado de la liga de Suabia á favor del soberano de Salzburgo y contra los infelices sublevados del Pinzgau, diciendo que el clero habia merecido mucho mas de lo que le habian hecho los revolucionarios. Además Nuremberg, Estrasburgo y otras ciudades perdonaron á sus súbditos el pequeño diezmo, exponiéndose á ser acusadas de simpatías revolucionarias. Tambien hubo nobles que se opusieron á las venganzas de los príncipes, como los magnates de la alta Austria, que declararon excesivas las multas que el gobierno quiso imponer á la poblacion rural; si bien el propio interés de la nobleza exigía esta humanidad, porque hubo propietario noble que temió quedarse sin súbditos si el gobierno no cesaba de matarles y arruinarles. Así escribia el margrave Jorge á su hermano Casimiro: «Si se ha de matar á todos los labradores, ¿adónde iremos á buscar otros que nos mantengan?» Mas príncipes como Casimiro no se detenian en sus ferocidades por semejantes consideraciones. Casimiro, viéndose vencedor, no se acordó ya de sus anteriores negociaciones con los campesinos; y en Kitzingen hizo sacar los ojos á cincuenta y nueve ciudadanos del lugar, prohibiendo que nadie les curara, ni vendara, ni los guiara; de modo que un escrito contemporáneo dice que los infelices «anduvieron como irracionales y muchos de ellos perecieron.» Además de las ejecuciones capitales y la extorsion de contribuciones y multas, no pareció tener fin la persecucion de los sospechosos, que fueron sometidos al tormento, no faltando verdaderos culpables que delatando á otros ó aportando sumas de valor se salvaron del castigo merecido. En Wurzburg, tan pronto como hubo entrado el príncipe, fueron decapitados sesenta individuos; en Rotenburgo veintinueve y en Langensalza cuarenta y uno. Un pequeño noble de Suabia se vengó del mal que le habian hecho los sublevados haciendo decapitar á seis campesinos suyos y cortar á tres la lengua. En Weinsberg celebró el soberano el aniversario de la sanguinaria justicia del pueblo dando una carrera de lanzas á muchos aldeanos, desnudos de la cintura arriba, en presencia de sus mujeres é hijos. Solo en el territorio de la liga de Suabia se calculaba á fines de 1526 el número de los ejecutados por los verdugos en 10,000 individuos; por manera que no parece exagerado si se calcula en mucho mas de 100,000 el número de las víctimas que habia ocasionado la guerra de los aldeanos. Un tal Aichelin, soldado mercenario de la ciudad de Ulma, adquirió una fama espantosa como verdugo favorito de Truchsess. El obispo de Wurzburg pasó durante varios meses de una poblacion á otra saqueando y haciendo *justicia* á su manera. Su ayudante mas feroz en esta matanza era aquel conde de Henneberg que, segun dijimos antes, habia abandonado á su señor y entrado en la hermandad de los campesinos para saquear conventos. Peor que la suerte de los condenados á muerte fué la de los que fueron encerrados en calabozos con los miembros quebrantados y deshechos por los tormentos, pidiendo por favor que les quitaran la vida ó les dieran mejor calabozo donde sufrir el hambre y el frio.

Excede á toda ponderacion el perjuicio económico que recibió la Alemania, ya por la revolucion destructora, ya por la feroz venganza de los victoriosos señores. Los campesinos, que segun dijo Anshelm se habian desprendido del carro que tiraban, fueron enganchados de nuevo mas sólidamente que antes; y los dominios asolados gemian además bajo la carga de contribuciones de guerra, imposibles de reunir, sin contar las multas y las indemnizaciones para sus señores, la insolencia de los hombres armados de estos, que se apodera-

ban de cuanto les gustaba, y la codicia de los jueces y otros empleados. Para calcular los daños sufridos se hacían las valoraciones lo mas alto posible, y según se expresa un cronista de Wurzburg, se valoraron tan bien, que era manifiesto que el interesado y algunos de sus antepasados si alguna vez hubieran tenido tanto reunido, habrían podido construir en lugar de sus viejas y desmoronadas viviendas, castillos lindísimos y nuevos. Muchos pidieron igual indemnización por una casa que por otra, sin hacer caso de la diferencia de caudal de los moradores, exigiendo, por ejemplo, en Hof-Gastein, á míseros aldeanos cuatro florines á cada uno, sin considerar que había casa que ni siquiera valía la mitad; y gracias que los señores se contentasen con restablecer las antiguas servidumbres y gabelas, porque los convenios hechos con los súbditos durante la revolución fueron rotos, y en muchos casos los pobres tuvieron que entregar los privilegios escritos y adquiridos por ellos á costa de grandes sacrificios. Así, pues, en muchos territorios los señores territoriales dominaron con absoluta arbitrariedad, y á mediados del siglo escribió un noble de la isla de Rugen: «Hoy se hace lo que se quiere.» Tanto era así, que la liga de Suabia, en una asamblea, acordó no prestar auxilio á aquellos señores que con sus gravámenes obligaran á sus súbditos á sublevarse. También en las actas de los parlamentos de 1526 se observa que estos recomendaron que se tratara con mas suavidad á los súbditos, y en algunas comarcas como en la Selva Negra los señores creyeron prudente renunciar por lo pronto á extender mas la servidumbre. En el alto Rin recomendaron los gobiernos la prudencia, porque durante algun tiempo no faltaron hombres peligrosos que trataron de volver á encender la revolución; y en general se observa que el empeoramiento de la condicion de la clase rural no se manifestó tanto en la Alemania del Sur, donde la guerra de los campesinos se había hecho sentir mas directamente, sino en comarcas que apenas habían visto la revolución, como en las del Norte y el Este. Una sublevación que estalló en Samland en otoño de 1525 fué ahogada inmediatamente en sangre, y no se oyó mas revolución en toda la dilatada region al Este del Elba, á pesar de existir allí el famoso derecho brutal de expropiar á los súbditos, y no obstante que hacía fines del siglo xv se había quitado á los siervos en el ducado de Prusia (y toda la población rural era sierva) el derecho de heredar y de cambiar de domicilio. La ley prusiana de 1494 autorizaba á los señores á hacer ahorcar sin consideración á todo campesino que se evadiese de la gleba á que estaba adicto. La expropiación de los pequeños labradores por el proceder expeditivo de expulsarlos simplemente de sus casas, se hizo en la Alemania del Norte poco menos que general, mientras que en el Sur, á pesar de la guerra de los campesinos, la población rural no llegó á caer en tanta abyección y esclavitud. En opinión de Gothein, la división de la Alemania del Sur en innumerables pequeños soberanos sirvió en cierto modo de protección á la existencia de la población rural. Los nobles de Suabia y Franconia no querían hacerse agricultores como sus colegas en el Norte de Alemania, y preferían continuar siendo soberanos minúsculos y tiranizar de esta manera á sus súbditos, obligándoles, como en algunos puntos, á dejarse solo la mitad de la barba ó hasta llevar velos de mujer, para que se distinguiesen luego á simple vista de los señores. En otros puntos hicieron romper las campanas de las iglesias, y otros señores se contentaron con quitarles los badajos, porque los revolucionarios las habían hecho servir para tocar á rebato. En todas partes se reforzó y exageró la vigilancia de las posadas y fiestas de aldeas; se sospechaba de los que llevaban armas, y, en fin, hasta de los gestos y conversaciones se desconfiaba, con lo cual se fomentó el feo

vicio de la delación y la consiguiente intranquilidad. No hay que decir que pasada la revolución ningún campesino se atrevió á vestirse como los soldados mercenarios con calzones acuchillados y sombrerazos con grandes plumas.

La guerra de los campesinos fué causa de que entre los señores se fomentara la idea de que toda autoridad en Alemania era absoluta y podía proceder en las cosas mas grandes como en las mas pequeñas con completa arbitrariedad. La revolución tendía á suprimir la multiplicidad de señores y pedía un poder monárquico nacional; y cuando los príncipes y señores lograron sofocarla, introdujeron y organizaron su providencia terrenal, la policía. Después, á la verdad, la división de Alemania en multitud de soberanías fué la salvación de la población rural pisoteada; pero la resignación y sumisión de muchos siglos dejó en el pueblo alemán profundas huellas de humillación moral y material. El pobre que desde muchas generaciones había creído en el porvenir de los humildes y despreciados, tuvo, aunque con trabajo, que acostumbrarse á la idea de que los profetas habían mentido y de que la libertad cristiana del nuevo Evangelio no tenía nada que ver con los deseos populares. Los pobres, de consiguiente, se acostumbraron á odiar todas las organizaciones legales existentes, lo cual produjo justamente en la población rural una desmoralización que horrorizó á los reformistas y á los adversarios de la reforma; y no fué el daño mayor que el país se llenara de vagabundos, proletarios y fugitivos que invadían los hospicios, los hospitales y hacían inseguros los caminos, así como los caseríos, aldeas y ciudades con sus incendios. Verdad es que esta clase, que es como el sedimento que deja todo gran movimiento social, sucumbe tarde ó temprano ante una persecución activa; pero no había persecución que pudiese desarraigar en adelante, á pesar de todos los esfuerzos de Lutero y de su nueva Iglesia, la indiferencia religiosa y grosera de la masa del pueblo, desengañado de todo. Los campesinos de Sajonia exclamaron oyendo predicar á Lutero: «¿Qué dice de Dios este clérigo tunante? ¿Quién sabe quién es Dios y si hay un Dios?» Las blasfemias é impudencias bestiales que se leen en los informes de los visitantes de las iglesias y otros observadores del pueblo rural, son verdaderamente indescriptibles. Lutero lamentó durante toda su vida que la masa del pueblo se mostrara tan ingrata á los beneficios de la doctrina expurgada, tanto que la gente prefería no oír nada del Evangelio en todo el año antes que sufrir una pequeña pérdida material. «Vemos lo mucho que nos odia el populacho,» escribía Melancthon á un clérigo amigo suyo.

El año 1525 abrió un profundo abismo entre los reformistas religiosos y el pueblo bajo, que sin interesarse y hasta con repugnancia vió introducirse la organización de una iglesia dependiente del soberano del país en lugar de la antigua organización clerical. Entre las clases mas ilustradas se levantaron pocas voces en favor del pueblo bajo, que aun después de la revolución y después de haber sido castigado ferozmente continuó siendo rudo, grosero y montaraz. Mucho valor moral y mucha bondad necesitaron tener hombres como Nicolás Hausmann y Juan Brenz para excitar á los señores á la misericordia y aun á la razón en favor del pueblo bajo; porque hasta el mismo Lutero, que criticó la conducta brutal de los pequeños nobles, vió con disgusto que se interesase por el pueblo rudo su amigo benévolo Hausmann.

Muhlforth, el administrador de Zwickau, escribió durante la guerra que Martín Lutero había decaído muchísimo en el concepto del pueblo y aun de los doctos, porque escribía con mucha inconsecuencia. El mismo autor lamenta que los nobles, al condenar á muerte á sus campesinos, se escuden con las expresiones duras del reformador y deplora por la misma

razón el terrorismo que se iba extendiendo, de modo que nadie se atrevería á hablar ni lo mas indispensable para no ser confundido con los rebeldes. Los tiranos del pueblo eran los nobles, mucho mas que los príncipes, porque los nobles querían sostener su ostentación y soberbia con la sangre de los pobres.

Basta esta mirada á la situación del siglo xvi para comprender cómo en el centro y Norte de Europa fué la nobleza quien detuvo á los príncipes en su ya rápido camino al absolutismo monárquico y á la prosperidad é importancia política de la clase media. La nobleza alemana apenas hubo salido de su situación peligrosísima supo reconquistar una posición mas favorable que antes; porque la lucha contra el enemigo común estrechó el lazo entre la nobleza y los grandes príncipes, sucediendo á veces que justamente los mismos nobles protegiesen contra los príncipes á sus súbditos propios, después de haber sido ellos el elemento principal de la sofocada rebelión. Sin embargo, esta protección no mejoró de ninguna manera la situación del pueblo, encadenado á la gleba, que estaba á la merced del señor de su aldea. Por eso los príncipes continuaron arrojando á la nobleza, que se interponía entre ellos y el pueblo, y á pesar de su resistencia no se cansaron de extender sus cuidados previsoros á la gente rural, propiedad de sus nobles. Quizás fué el primer príncipe que procedió en este sentido con resolución el conde palatino Federico, que envió á su representante en el parlamento de Augsburgo en 1525 una memoria en la cual pidió al parlamento que decidiera, no solamente la desamortización del pequeño diezmo, sino también la supresión decisiva y general de la servidumbre corporal en cambio de una indemnización moderada á favor de los señores. En 1541 pidió lo mismo al soberano en el ducado de Prusia una comisión de funcionarios, de señores y de consejeros municipales. El parlamento de Spira de 1526 se ocupó también en examinar las causas del descontento de la población rural, y se propuso en un dictamen oficial que se permitiese á los siervos casarse libremente, que amortizaran sus servidumbres y por otra parte se redujeran las gabelas, los impuestos y multas, y se concedieran otros beneficios á la pobre gente; pero esto no pasó de proposición y de buenos deseos, y se dispuso que como siempre cada autoridad se arreglara con el pobre pueblo, súbdito suyo, «conforme mandaba Dios y el derecho natural y como pudiera responder cada uno ante Dios.» Pasó mucho tiempo antes de que los príncipes y magnates se llegaran á sobreponer á la baja nobleza y entretanto continuó el pueblo alemán, y principalmente el rural, como dice Sebastian Munster, siendo una raza servil y mísera. En Inglaterra desapareció la esclavitud ó servidumbre personal desde el siglo xv y la jurisdicción patrimonial desde el siglo xvi. En la

Suiza y en parte en los Países-Bajos no se interrumpió ya la supresión de las cargas que pesaban sobre la clase rural; pero en Alemania continuó y se desarrolló cada vez mas, sobre todo en el Norte y Este, una servidumbre sistemática del pueblo rural mayor que aquella á que había estado sujeto en las naciones germánicas, á excepción de Dinamarca, donde llegó hasta mayor altura que en Alemania.

El consuelo que en la reforma religiosa encontró el pueblo atormentado solo consistió en acostumbrarse á la resignación abyecta y desesperanzada, que contribuyó á aumentar la dependencia intelectual y moral de la gente campesina. «El sufrimiento corresponde al cristiano como el trono corresponde al rey.» Este fué el consuelo que Brenz dió al pueblo, y lo mismo dice Sebastian Franck, cuyos escritos encontraron mucha aceptación en las clases rurales, aunque no estaban en todas partes conformes con la nueva Iglesia evangélica. Esto no obstante, los reformadores continuaron repitiendo como siempre que los tiranos, los poderosos, los soberbios y los ricos estaban ya maduros y debían caer como cae del árbol la fruta madura. Así dijo Eberlin, que tenía verdadera compasión á los pobres, que no se dejasen engañar por los rebeldes y falsos predicadores ni por las ilusiones comunistas, porque todo era ilusión, como lo que se hablaba de la tierra de Jauja, lo que decían los poetas de la isla Afortunada, los judíos de su Mesías y hasta los mismos apóstoles del reino de Cristo. Esto, sin embargo, no impidió que el mismo Eberlin, al dar al pueblo estos buenos consejos, anunciara también el próximo castigo de los impíos, es decir, de las autoridades no luteranas, y dijera: «Esperad, tened paciencia y pronto vereis milagros de Dios que combatirá por vosotros.»

No se vieron tales milagros, y la gran masa de los alemanes se hubo de contentar con sufrir y aguardar, hasta que llegó á adquirir la convicción de que lo que entonces ocurría sucedería en adelante y no podría suceder de otra manera. La reforma religiosa alemana, libre ya de la peligrosa afinidad con la revolución social, quedó envuelta en la política y en las ambiciones de los pequeños Estados, cuyos destinos dependían á su vez de la política, de las ambiciones y de los destinos de los grandes Estados europeos.

Antes de tratar del desarrollo en los diferentes Estados de la obra que en un principio fué nacional, tenemos que echar una ojeada á la política general, es decir, á la lucha gigantesca que mas allá de las fronteras de Alemania ocurría entre Francia y España. La reforma religiosa alemana, en lugar de tomar una parte decisiva en aquella lucha, sufrió la influencia de los poderes extranjeros; porque la Francia, el Papa y hasta el turco cooperaron al nacimiento de una Alemania protestante.